

Cuerpos en pandemia

La intervención social desde el abordaje de la corporalidad



Sofía María Virasoro y Cecilia Inés Isla***

Resumen

El presente artículo presenta algunos ejes que nos resultan potentes invitaciones a la reflexión desde una mirada interdisciplinar de la corporalidad en la intervención social.

Partimos el recorrido poniendo en foco el cuerpo en su dimensión constitutiva del ser-humano-en-relación, mapeando la noción de corporalidad, desde las categorías de afectación mutua y experiencia como campo de conocimiento. El abordaje de la corporalidad que aquí se presenta plantea una ruptura con las tradiciones racionalistas de la modernidad que postulan el disciplinamiento y vigilancia del cuerpo en función del aumento de su utilidad para la producción capitalista.

* Sofía María Virasoro: Licenciada en Trabajo Social (UBA) y docente JTP de la materia Planificación Social Territorial de la carrera de Trabajo Social (UNPAZ). Profesora Universitaria en Trabajo Social (FSOC, UBA). Trabaja en Programas Sociales Comunitarios del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

** Cecilia Inés Isla: Musicoterapeuta (UBA), Licenciada en Artes (UNSAM), Prof. de Teatro (COSATyC), especializanda en educación y promoción de la salud (UNTREF). Docente de grado y de posgrado en carreras de Salud y Formación Docente (U. Favaloro, Institutos de formación docente/educación artística de CABA). Coordina la Diplomatura en Salud Comunitaria de la Universidad Favaloro. Trabaja temáticas de salud comunitaria, arte y educación.

Consideramos que la pandemia ha intervenido en la corporalidad profundizando la escisión, el disciplinamiento y la vigilancia a través de medios tecnológicos, “como ventanas al mundo” que invitan a preguntarnos cuál es la existencia “real”, qué mundo es el que habitamos, cómo subjetivar esta realidad-virtual/presencial como nuevas categorías que determinan la vida cotidiana. Sostenemos que la pandemia está moldeando una corporalidad que entra en tensión con el trabajo comunitario y territorial. En este contexto, el trabajo se ha reformulado y la mediación de la virtualidad no genera ese espacio-tiempo de experiencia en presencia compartida entre los cuerpos. Quienes ejercemos nuestras profesiones o tareas en el campo social vemos obstaculizada nuestra inserción en el territorio y nos preguntamos: ¿de qué manera es posible un abordaje territorial en el aquí y ahora? Transitando con atenta permeabilidad estas experiencias, nos encontramos con la necesidad de repensar la corporalidad en el desarrollo de nuestra tecnología profesional.

Palabras clave

cuerpo - pandemia - intervención social

Invitación

Nuestra lucha entonces ha de comenzar con la re-apropiación de nuestro cuerpo, la re-evaluación y re-descubrimiento de su capacidad para resistir, y la expansión y celebración de sus potencias, individuales y colectivas.

Silvia Federici

Esta situación inédita que atravesamos como humanidad, nos interpela en los planos singulares, intersubjetivos y sociales de una forma abrupta e inesperada mientras nos encontramos tratando de sostener y sostenernos. Tiempos de inestabilidad que nos invitan a lecturas situadas desde la misma incertidumbre, atentas¹ a los aconteceres y abiertas a la afectación de los sentipensares comunes que pueden fortalecer algunos caminos posibles. Cierto es que esta reflexión no es la misma que al inicio de este convulsionado proceso porque algo del devenir de la situación y del pensar el “hacia dónde” y el “cómo” se torna más urgente y necesario, tanto en el nivel personal como familiar, laboral y social.

El presente artículo es el fruto de intercambios que hemos ido tejiendo en la complejidad de este tiempo, a partir del cual delineamos algunos ejes que nos resultan potentes invitaciones a la reflexión desde una mirada interdisciplinar de la intervención social. Lejos de aseveraciones y certezas, proponemos

¹ En el presente artículo elegimos nombrarnos desde la “e” como categoría genérica que da cuenta de las múltiples formas de ser de las personas.

desde esta inestabilidad mapear algunos posibles, algunas oportunidades, alertas y atentas a lo que sucede y lo que nos sucede, desde una mirada crítica.

Luego de más de un año de reconfigurar el trabajo territorial, nos preguntamos acerca de los efectos que acarrear las intervenciones des-corporizadas propias de este contexto. Por lo tanto, y sin negar que somos sujetas inescindibles en nuestros diferentes planos, lo que nos convoca en este artículo es pensar la corporalidad en las intervenciones comunitarias y territoriales. Como sostiene Najmanovich (2001), no es posible pensar el cuerpo escindido de la experiencia de ser cuerpo, más aún, de ser cuerpo en relación. El cuerpo no es, entonces, “un lugar” o algo que “se posee”; es lo que somos, es nuestro ser. Existimos en relación corporal con otros, nos desarrollamos y nos constituimos en el intercambio afectivo con nuestros congéneres y con nuestras redes de socialización posterior en experiencias vivas que suceden en ese espacio tiempo vivido con otros y que significan de acuerdo a nuestra historia sociocultural. Es en esta clave que les invitamos a reflexionar juntas.

“Cuerpo” teórico

En esta primera parte, nos adentraremos en la concepción del cuerpo y sus implicancias, a partir de aportes inspiradores que desde distintas disciplinas nos lanzan a la reflexión e interpelación constante.

Partimos este recorrido desde la noción de corporalidad como constitutiva de nuestro ser. ¿Es que acaso tenemos otra forma de existencia por fuera del cuerpo? A lo largo de la modernidad las concepciones de corporalidad compartimentan el cuerpo en receptáculos estancos privilegiando lo biológico, lo físico y lo mecánico como los ejes desde donde “pensar” el cuerpo. No es importante para estas perspectivas sentir, registrar, percibir-se cuerpo, afectar-se cuerpo, comprender-se cuerpo desde categorías no racionales.

El abordaje de la corporalidad que aquí se presenta plantea una ruptura con las tradiciones racionalistas de la modernidad que desvalorizaron el cuerpo. Una de las influencias más significativas en esta línea es el llamado dualismo cartesiano.

Para Descartes, el pensamiento proviene del alma, infundida por Dios, y los movimientos y el calor del cuerpo, que es lo que tenemos en común con los animales ... El hombre se identifica con el pensamiento, mientras que su cuerpo es mera extensión, un objeto que es movido por el alma (Citro, 7: 2006).

A partir de esta concepción, fundamental para la introducción de las clasificaciones jerárquicas en las cuales se edifica la sociedad moderna capitalista (humano/naturaleza; sujeto/objeto; tradicional/moderno, etc.), aparece la imagen recurrente de Descartes para referirse al cuerpo como una “máquina”.

Las doctrinas de Descartes tienen un doble objetivo: negar que el comportamiento humano pueda verse influido por factores externos (tales como las estrellas o las inteligencias celestiales) y liberar el

alma de cualquier condicionamiento corporal haciéndola capaz de ejercer una soberanía ilimitada sobre el cuerpo (Federici, 2015: 238).

Así, la representación del cuerpo como una herramienta, susceptible a ser disciplinado y controlado, permitirá aumentar su utilidad y hacerlo cada vez más eficaz para la producción capitalista.

En las antípodas de esta postura cartesiana, Silvia Citro (2006), antropóloga y bailarina argentina, nos introduce a las producciones de Merleau-Ponty, acercándonos su propuesta para abordar el cuerpo desde la fenomenología.

La opción a este sujeto cartesiano de la modernidad, en el caso de la fenomenología, será la definición de ser-en-el mundo. Para comprender esta noción, debemos remontarnos a una proposición clave de Husserl: la certeza del mundo, aquella creencia originaria de que la realidad está “ahí delante”, se me da a la experiencia perceptiva “antes de todo pensar” (Citro, 2006: 9).

De esta manera, la propuesta fenomenológica será captar esta experiencia primera, previa al pensar, que tenemos con el mundo y esta es posible a través del cuerpo.

Así, surge otro de los conceptos claves que proponemos para abordar la corporalidad en las intervenciones: la noción de experiencia. Para Merleau-Ponty, la experiencia de la percepción corporal está basada en la inescindibilidad del vínculo del sujeto con el mundo; un sujeto que se hace “carne” con el mundo a través del cuerpo. La idea de “carne” es la de unión y confusión entre cuerpo-mundo, y se ilustra diciendo que el mundo está hecho con la misma “tela del cuerpo” y que el cuerpo pertenece al “tejido del mundo” (Citro, 2006: 14). Así como la corporalidad del ser se hace carne con el mundo, también, otras veces, se confronta con ese mundo que se le resiste, se moviliza e intenta transformarlo.

Tal como plantea Federici (2020), las formas de represión que el capitalismo ha impuesto de manera acorde a los diversos y cambiantes regímenes de trabajo de los que las personas –los cuerpos– fuimos –somos– sujeto construyen el cuerpo del hombre, de la mujer, del trabajador asalariado, del esclavizado, del colonizado. Pero, a la vez, la autora plantea reconstruir la historia del cuerpo en términos de producción social discursiva, desde el cuerpo como el receptáculo de poderes, capacidades y resistencias que se han desarrollado a lo largo de la historia en la trama relacional intergeneracional y con el ambiente. Najmanovich (2001b) nos alerta acerca de cómo el capitalismo se ha vuelto chaleco de fuerza que impide producir nuevos sentidos y crecer en la experiencia contemporánea que como cartografía viva rebasa ese chaleco y hace fuerza para salir, se esboza y se fuga en las grietas y sin dudas se potencia en la fuerza colectiva.

Entonces, al referirnos a la experiencia desde lo corporal, nos implicamos en una definición que supera el dualismo cartesiano y nos aventuramos a comprender el cuerpo como un organismo vivo capaz de afección y afecto a través de la experiencia de la corporalidad. Ese cuerpo que se hace carne con el mundo para percibirlo, comprenderlo, significarlo, sentirlo, y también resistirlo y transformarlo a través del movimiento. Como plantea Trejo (2021), su capacidad de afectar y ser afectado está estrechamente relacionada con su movimiento, lo cual implica desplazar la pregunta de “lo que un cuerpo

es” a “lo que un cuerpo puede hacer”. La historiadora del arte, nos propone pensar los cuerpos como un “campo de resonancias en una correlación permanente con las frecuencias vibratorias de los cuerpos, de la materia que le rodean” (Trejo, 2021: 66). La noción de “cuerpos en resonancia” trasciende el plano de las vibraciones sonoras ya que es la capacidad de vibración que se da en todos los cuerpos de la materia, es un fenómeno relacional en el que se requiere como condición indispensable que haya al menos dos cuerpos.

Esta experiencia de cuerpos en resonancia es sin duda una experiencia epistémica, es decir, es un campo de conocimiento en la acción y desde la acción. Un campo de conocimiento que se comprende y se problematiza en el hacer desde lo emocional y sensible construyendo territorios de encuentro con otros y otras en el hacer. Afectarnos, con-movernos y movernos-con, hacia un objetivo común (Isla, 2021).

Cuerpos en pandemia

La pandemia por COVID-19 evidenció un sistema sanitario extremadamente desigual e ineficaz en sus respuestas que se activa en tanto atención –ineficaz e inequitativa– frente a la enfermedad. Tal como expresa Ramonet (2020), el virus no es un problema sanitario estrictamente: es un problema económico, del mercado de la enfermedad, de intereses económicos, de potencias disputándose poderes, laboratorios negociando insumos, de organismos internacionales inertes que desoyen la necesidad de acciones hacia el bien común de todos los pueblos. Mientras las desigualdades de acceso a recursos para el afrontamiento de esta pandemia profundizan la brecha, siempre, quienes están en los bordes serán quienes caigan.

Esta situación refuerza una concepción de salud centrada en lo biomédico que construye subjetividades medicalizadas y profundamente individualistas (De Souza Campos, 2019). El desafío que esto conlleva para quienes trabajamos desde la salud comunitaria es la disputa ideológica y cultural para fortalecer una mirada de los procesos de salud desde la integralidad y la determinación social como pilares centrales. La pandemia ha dejado al descubierto un sistema de salud individualista a la vez que pone en el tapete la revalorización del Estado como efector central y garante de derechos, y nos muestra la necesidad de visibilizar, fortalecer y generar estrategias colectivas para el cuidado de la vida que impacten en la salud pública y en todas las políticas transversales al desarrollo humano.

En medio de una situación extremadamente compleja, las políticas implementadas –necesarias y urgentes– de reforzamiento de la atención se asentaron una vez más en el modelo médico hegemónico, dejando por fuera la integralidad de las personas en tanto seres en relación, en tanto corporalidades en trama. Por otra parte, vemos cómo esta disposición de comportamientos fácilmente pone a le otre como peligrose en tanto potencial transmisore del virus con todas las implicancias que tiene en términos relacionales y corporales. En este sentido, Hiram Arroyo (2020) expresa que el afrontamiento y sostenimiento de las medidas sanitarias construidas por imperativos epidemiológicos debe considerar

los determinantes sociales de la salud para evitar una imposición prescriptiva de comportamientos que focalizan en la responsabilidad individual generando estigmas, culpando o victimizando a las personas. Siendo centrales para la apropiación de conductas de cuidado respecto de la propia salud las estrategias territoriales de afrontamiento desde una mirada integral que genere respuestas situadas no solo en relación al COVID-19 sino en respuesta a las complejidades de los territorios.

Ramonet afirma en “La pandemia y el sistema mundo” (2020) que este hecho social total convulsiona las relaciones sociales, los actores, instituciones y valores. El postulado de sistema-mundo en el que todos sus elementos interactúan e influyen el conjunto, se expresa de forma cruda evidenciando sus falencias, desigualdades, inequidades y también sus fortalezas y posibilidades. Allí nos encontramos, en una intensa experiencia de incertidumbre que se entrecruza con la necesidad de ciertas certezas –o de construir algunas– en la reconfiguración de nuestro rol como profesionales de la intervención social y la salud comunitaria.

La pandemia pone en foco no solo las desigualdades sociales, económicas, culturales, de acceso/uso a la tecnología, profundizando las opresiones en sus múltiples intersecciones: de clase, de género, etnia, religión, orientación sexual, sino que también evidencia que las formas de vivir la propia incertidumbre de la situación no son las mismas para quienes han pasado por repetidas crisis, aquellos cuerpos que han sido arrojados a una inestabilidad casi estructural económica, social, ambiental como resultante de las políticas del capitalismo salvaje y su globalización. Quienes vivimos en una realidad construida por la planeación moderna, por la promesa de certeza de la ciencia, por el bienestar seguro de un ingreso económico fijo no nos hemos preparado para una intensa experiencia de incertidumbre (Hincapie, 2020). Y esto motoriza una serie de acciones que recrudescen el individualismo y el avasallamiento por sobre otros, o bien acciones de solidaridad, de trama, soluciones colectivas que permiten el sostenimiento mutuo.

Hay trabajos “sustituibles” por teletrabajo y trabajos que son necesariamente en presencia. Sin embargo, la urgencia del contacto entra en tensión constante con el autocuidado y el cuidado de los otros. Como plantea Trejo (2021), hemos tenido que hacernos conscientes de aquello que tocamos y de lo que nos toca ante el riesgo latente de ser infectados por el virus. La dimensión social de nuestra vida sensorial se ha visto aumentada por esta suerte de lupa gigante que la pandemia ha supuesto.

Y esto trae consigo una serie de interpelaciones en el plano de nuestras subjetividades.

A sabiendas de la existencia de muchos trabajadores que no han podido optar por el teletrabajo, exponiendo así su vida y su salud, otros tantos hemos sido “privilegiados” con esta alternativa a la presencialidad, resignificando nuestro quehacer profesional cada día, encontrando diversas herramientas para llevar adelante nuestro trabajo. Esta posición de “privilegio” se traduce en seguridades en esta incertidumbre: seguridades de “clase”: laborales, económicas, habitacionales, alimentarias, de acceso y uso tecnológico; seguridades “afectivas” en tanto entorno familiar amoroso, red de contención y sostén extra familiar. Seguridades que exigen un posicionamiento crítico al respecto para comprender estos privilegios y actuar coherentemente.

Asimismo, se han reconfigurado las tareas de trabajo y de cuidado en el manejo del tiempo, así como el uso de la tecnología en tensión con su función como mediadora del contacto afectivo con otros y como herramienta de trabajo. Quienes también somos docentes aprendimos (y aún aprendemos) las mil y una maneras de hacer más dinámica una clase virtual y, al mismo tiempo, contener a los estudiantes y a nosotros mismos en este contexto, conjugando los trabajos con las tareas domésticas y de cuidado que demandan nuestros propios entornos familiares, complejidades que nos enfrentan una vez más con las desigualdades de género en términos de cuidados.

Transitando con atenta permeabilidad estas experiencias, nos encontramos con la necesidad de repensar la corporalidad en el desarrollo de nuestra tecnología profesional, que, tal como la define Merhy (2006), es tecnología blanda pues se centra en el espacio relacional, en la construcción social-corporal de experiencias en comunalidad, en grupalidad, con otros, en presencia, en trama de afectación mutua. Ahora bien, ¿qué cuerpos, qué formas de ser y estar y de relacionarse se intensifican en el contexto de la pandemia COVID-19?

Consideramos que la pandemia ha intervenido en la corporalidad profundizando la escisión, el dualismo ya mencionado. Nos vemos sometidos al disciplinamiento y vigilancia a través de medios tecnológicos, “como ventanas al mundo” que invitan a preguntarnos cuál es la existencia “real”, qué mundo es el que habitamos, cómo subjetivar esta realidad-virtual/presencial como nuevas categorías que determinan la vida cotidiana. Una vida intensificada, hiperconectada, pero sin experimentar la energía del encuentro con otros.

Los cuerpos virtualizados, casi bidimensionales, contruidos desde lo que Naser (2021) llama centro-ojo-y-culo-céntrico, un “cuerpo-computadora” organizado para sostener una cara frente a una pantalla, que tiene acceso a miles de bits de información, de lugares y de personas y sin embargo... puede no estar. Apagarse. Estar, pero no estar. Estar no siendo, no teniendo conciencia de que aún en ese aparente no ser somos cuerpo, existencia encarnada, la vida no se ha detenido. Hay cuerpos reales en un entorno virtual, y allí nos encontramos trabajando, cuerpos atrapados en este estar siendo, intentando trascender la pantalla para construir algo que nos permita el movimiento.

Entonces, si el mundo está hecho con la misma tela del cuerpo, entonces, ¿qué mundos estamos percibiendo, creando, intentando transformar con nuestros cuerpos imposibilitados de vibrar con ese otro?

Tal como plantea Lucía Naser (2021), es necesario ver lo que “sí” está sucediendo, frente a esta supuesta paralización de lo que no sucede. Frente a este ficticio compás de espera en el que sin duda subrepticamente se naturalizan los modos de desigualdad, se reafirma con el capitalismo el consecuente cuerpo-máquina.

Para Federici el capitalismo se adueña del cuerpo desde la fijación en el tiempo y el espacio. La movilidad es una amenaza porque permite la circulación y el encuentro con los conocimientos, las experiencias, las luchas. “Hoy en día, además del látigo y los centros de detención, tenemos la vigilancia electrónica y la amenaza periódica de epidemias como un medio para controlar el

nomadismo” (Federici, 2020). Disciplinamiento y vigilancia a la que nos sometemos cada día y que nos obligan a preguntarnos el para qué y quiénes son los que se benefician con esta forma de modelar nuestros cuerpos. Cómo se configura desde los poderes económicos el durante para el después, hacia dónde quieren llevarnos, quiénes quedan por fuera, quiénes quedan por dentro naturalizando esta profundización salvaje y, sobre todo, cuáles otras alternativas podemos construir, qué otras formas se erigen contrahegemónicamente.

Sucedan muchas cosas y nos resulta entonces imperiosa una vigilancia epistémica al respecto. Suceden muchas cosas y es necesario correrse del dualismo, dejar de ser cuerpos acrílicos y moldeables para la perpetuación de esta maquinaria. Hay mucho por hacer, “que no podamos todo no significa que no podamos nada”, dice Naser (2021), es necesario dejarnos afectar por las intensidades que nos atraviesan.

Hacia una intervención desde el abordaje de la corporalidad

Sostenidas desde esta noción de cuerpo como campo de resistencia, del cuerpo como poder y movimiento; como potencia, del cuerpo en trama y en relación que se transforma a sí mismo y al mundo, vemos potentes preguntas y provocaciones para la reconfiguración de nuestras prácticas de intervención.

La pandemia está moldeando una corporalidad que entra en tensión con el trabajo comunitario y territorial. En este contexto, el trabajo se ha reformulado y la mediación de la virtualidad no genera ese espacio-tiempo de experiencia en presencia compartida entre los cuerpos al que estamos habituales. Quienes ejercemos nuestras profesiones o tareas en el campo social vemos obstaculizada nuestra inserción en el territorio y nos preguntamos: ¿de qué manera es posible un abordaje territorial desde la virtualidad? ¿Cómo reconfigurar una práctica en la cual la presencialidad es insustituible? ¿Qué herramientas podemos encontrar colectivamente para un abordaje territorial en el “mientras tanto”?

Consideramos que las nuevas formas que asume nuestra intervención en este contexto se apoyan, entre otras, en el *acompañamiento* a las diferentes situaciones, intentando sostener el lazo, el vínculo, el estar allí, el saberse allí. El poder llegar de alguna forma, mediante la tecnología o mediante un material concreto con presencia donde es posible.

Isla, Muñoz Rodríguez y Quijano (2021) proponen el acompañamiento como constructo que describe los modos vinculares con la comunidad desde una relectura del marco de la salud comunitaria a la luz de los feminismos del sur. Acompañamiento que se constituye en la afectividad de las relaciones, en la potencia del “entre”, es decir, en el entramado como forma de organización que se fortalece en la lógica de poder-potencia colectiva como alternativa a otras formas (como las relaciones jerárquicas o bi/direccionales) y del que, como profesionales, somos parte. La relación afectividad-poder-potencia-acompañamiento se constituye desde el encuentro genuino que permite la afectación mutua y la escucha. Escucha entendida como disposición afectiva, situada, respetuosa, amplia y profunda que permite, por un lado, reconocernos parte de la trama con nuestras diferencias y en nuestros privilegios, a

la vez que validar las voces, los saberes y estrategias y las personas que los portan, en articulación con nuestros saberes que también se ven atravesados por nuestras trayectorias de vida. El acompañamiento como estrategia humaniza las prácticas poniendo en perspectiva crítica los atravesamientos propios del factor humano en la intervención social. Estas consideraciones nos desafían a hilar hilvanes para visitar las experiencias comunitarias buscando maneras posibles desde las propias respuestas de los territorios. Cuando el Estado retira a sus agentes del territorio surgen respuestas desde lo comunitario, desde aquellos espacios de proximidad en los cuales los colectivos y sujetos con quienes trabajamos “ponen el cuerpo” en la primera línea de la atención en la pandemia. Allí donde la incertidumbre es moneda corriente, se generan respuestas desde lo afectivo, lo material, el sostén y las redes de asistencia. Tal como explica Hincapie (2020), vemos cómo en este contexto las respuestas de los colectivos comunitarios que aparecen como cotidianas, tal vez dispersas, difusas e inasibles desde categorías fijas ajenas al contexto, se apropian del espacio organizado y modifican su funcionamiento en pos de un bien común.

El impacto de estas estrategias evidencia la importancia de la corporalidad, en tanto experiencia intersubjetiva de afectar y afectarse mutuamente, de vibrar en conjunto. Como señala Carballeda, “la intervención en lo social es básicamente intersubjetiva y fuertemente discursiva. De allí que la palabra, la mirada, y la escucha sigan siendo sus elementos más sobresalientes” (Carballeda, 2008: 21).

Particularmente en este contexto, nos enfrentamos con las tensiones propias de las intervenciones que se ven obstaculizadas por la burocratización del trabajo territorial, lo que nos desafía a construir caminos alternos en la tarea cotidiana disputando nuevos sentidos y nuevas maneras de mapear la intervención y los territorios.

Coincidimos con Arancibia (2018) en que el territorio forma parte del sujeto de intervención.

los territorios, en conflicto, en transición, en disputa permanente, son un sujeto de intervención en sí mismo, al que no solo hay que describir, analizar, cuantificar, medir, sino transitar, sentir, percibir, escuchar, vivenciar, a fin de mejorar nuestros sentidos de interpretación de las necesidades de los territorios contruidos colectivamente (Arancibia, Orquera y Virasoro, 2019).

Los territorios, por lo tanto, son espacios socialmente contruidos, como lo plantea Milton Santos (1996) desde la geografía crítica, que se redefinen permanentemente a partir de sus dinámicas y conflictos. Existe una inseparabilidad del territorio y sus actores. Estes, a partir de sus estrategias, su trama de relaciones, sus usos y sentidos construyen sus territorios: cuerpos-territorios, tejidos del mundo.

En este sentido, el actual contexto nos invita a construir y resignificar “nuevos” territorios desde la virtualidad, poniendo en juego y desplegando nuestra creatividad en diseñar herramientas que nos

permitirán la inserción e intervención. Es necesario, entonces, comprender los territorios desde esta perspectiva, superando el ámbito geográfico y físico. Esto implica reconocer otras espacialidades donde se desarrolla la dinámica de lo social, mapeando el territorio desde la trama de relaciones existentes, desde la experiencia sensible de las personas y comunidades, leer nuestras realidades de forma situada dando cuenta de procesos singulares de las subalternidades, y para esto es necesario considerar la virtualidad también como parte del territorio socialmente construido y como campo de disputas y de potencialidades.

Retomamos los aportes de Trejo (2021) cuando afirma que la experiencia de un cuerpo no es solo aquello que “es”, el cúmulo de conocimientos que trae, sino también lo que ese cuerpo “puede hacer”, un cuerpo capaz de crear espacio y tiempo, de performarlos.

En esta línea, vemos potente la idea de territorio en permanente construcción a partir de la experiencia de afectación mutua. La autora afirma que “en la ‘experiencia’ creativa, y de manera especial en las artes del acontecimiento por ser artes del tiempo presente regidas por la cultura viviente, eso desconocido es parte de su sustancia y de su motor” (Trejo, 2021: 76). De esta manera, resulta fundamental para estos tiempos hacernos de esa mirada artística que atraviesa las pantallas para producir este “vibrar en conjunto”, para deconstruir, cuestionar, y volver a construir nuevas territorialidades allí donde la materialidad del cuerpo se ausenta; en palabras de Trejo, “para encontrar nuevos modelos sensoriales de hacer comunidad” (Trejo 2021: 78).

Entonces, ¿cómo trascender la pantalla y disputar ese espacio de cuerpo-computadora conquistándolo como territorio habitado desde la singularidad en la colectividad? Entendemos como posible punto de fuga la potencia del encuentro en la virtualidad de voces diversas que permite construir nuevos sentidos.

En la complejidad de este contexto, tanto en nuestro rol docente como en la intervención social, podemos identificar la vivencia de experiencias –en el sentido que estamos proponiendo aquí– de afectación mutua en la virtualidad. Experiencias en las que pudimos construir grupalidad aun en la adversidad, poniendo en juego múltiples herramientas, sobre todo desde el campo sensible y expresivo, que invitan a otras disposiciones en los encuentros, que transforman las pantallas en ventanas desde las cuales proyectarse y relacionarse en el aquí y ahora, en presencia y corporalidad plena. Encuentros que permitieron fortalecer las redes entre las personas involucradas en los espacios de intervención, que implicaron la presencia de todos los actores, visibilizando roles centrales en el territorio, que en general son poco valorados: las de los propios pobladores y las respuestas que las propias comunidades sostuvieron/sostienen en este contexto.

Redes que trascendieron los territorios en el encuentro entre personas procedentes de diversas localidades, permitiendo reconocernos en esa trama, reconocer otros saberes y experiencias, compartir trayectorias a la vez que visibilizar y fortalecer políticas públicas de alcance regional. Testimonios de cartografías vivas en las que quienes están leyendo este artículo pueden reconocerse, por resonar desde sus propias experiencias en este contexto.

Experiencias que exigen discutir sobre la determinación social del acceso a los derechos y la profundización de las desigualdades en el acceso, uso y apropiación de la tecnología como un derecho humano, entre otras tantas discusiones.

Reconocemos en los territorios esta potencia de movimiento, de dinamismo, de espacios de fuga. Su uso, su apropiación y el sentido que se les otorga puede resultar significativo para definir y redefinir las condiciones de producción y reproducción de la vida de quienes lo transitan. Como profesionales del campo social, debemos estar con la mirada atenta a estos movimientos, propiciando la reflexión y acompañando los procesos. Un ejemplo de esto reside en cómo los actores a través de sus disputas y en un accionar situado, han logrado poner en agenda el derecho a la conectividad, que toma protagonismo en las dinámicas territoriales pandémicas, visibilizando una necesidad que anteriormente era considerada un bien para unos pocos. Los territorios de pandemia también fortalecieron los reclamos de reconocimiento del trabajo de cuidado ejercido por mujeres, principalmente en la primera línea de asistencia en los barrios. Un ejemplo lamentable pero potente es el impulso que tuvo el proyecto de la “ley Ramona”, haciendo alusión a Ramona Medina, referente de la Garganta Poderosa en la Villa 31, quien falleciera de COVID-19, para otorgar una asignación de reconocimiento económico a trabajadoras y trabajadores de merenderos y comedores comunitarios durante la emergencia sanitaria.

Estas experiencias nos demuestran que, tal como afirman Zaldúa, Lodieu, Bottinelli, Pawlowicz, Pérez Chávez y Nabergoi (2010), el territorio es fuerza viva de relaciones, en permanente construcción y, como tal, debemos danzar con las fuerzas del territorio para crear nuevas experiencias de afectación. ¿Qué podemos performar? ¿A qué nos podemos atrever? ¿Cómo generar actos transformadores a la vez que situados, culturalmente ajustados y construidos desde la experiencia —en su carácter epistémico y político— de las personas y las comunidades que favorezcan el desarrollo salubrista de las comunidades?

En esta línea, apelamos al concepto de “situación” de Casalla, quien plantea que situación es tanto estructura como trascendencia (límite y potencialidad), universalidad y particularidad, lo “dado” pero también aquello “por alcanzar”, historia y discurso. Es lo que está y lo que es necesario hacer nacer (Casalla, 2011: 316). Una intervención social situada en contexto debe tener como punto de partida un análisis situacional respecto a la construcción del territorio y al acceso a derechos por parte de las comunidades con las que trabajamos interpelándonos en nuestro rol de efectoras de políticas públicas.

Por consiguiente, una intervención desde el abordaje de la corporalidad, es inherentemente situacional y territorial. Partiendo desde la experiencia que da cuenta de aquello que nos pasa como colectivo, en donde la corporalidad funda lo que sucede, nos sucede y nos transforma produciendo y permitiendo la filiación colectiva desde lo sensible como acto profundamente humano. Allí donde el sujeto no es un “otro”, sino un “nosotros” (Arancibia, Orquera y Virasoro, 2020), nos hacemos “carne” en términos de Merlau-Ponty con la realidad que se nos presenta. De esta manera, nos distanciamos de las clasificaciones de la modernidad racionalista en términos de sujeto/objeto, mente/cuerpo, para acuerparnos, es decir, para hacer-pensar-resistir conjunto. Acuerparnos como acto político, personal, comunitario, de resistencia y de rebeldía, acuerparnos como energía vital emancipatoria (Cabnal, 2016).

Reflexiones finales: con los cuerpos disponibles

Partimos de la invitación a pensarnos juntas desde la corporalidad, interpelando nuestro quehacer en territorio, desde la experiencia y el movimiento que permite encontrar otras maneras de vincularnos en medio de este contexto de incertidumbre.

En este artículo hemos expuesto nuestra mirada sobre los cuerpos en la pandemia y cómo esta compleja relación impacta en el campo de la intervención social. A partir de los conceptos de cuerpo, experiencia y movimiento que expusimos, consideramos que el contexto de pandemia violentamente propone internalizar una corporalidad estática, escindida del ser, que reedita aquel dualismo cartesiano que llevó a asociar al cuerpo con la máquina. En palabras de Silvia Federici (2020), “se han construido industrias basadas en el miedo que esta concepción del cuerpo genera, poniéndonos a merced de fuerzas que no controlamos”.

Como trabajadoras en el ámbito comunitario, creemos necesaria una reflexión en torno a estas premisas y hacemos una invitación a reinventarnos como trabajadores del cuerpo. Una invitación a una intervención desde un abordaje de la corporalidad que implique tanto el cuerpo significado, emocionado, vivo; como la subjetividad, lo personal, lo social, lo político, lo ético y lo estético (Najmanovich, 2001b). Una perspectiva fundada en metáforas que surgen de las formas amorosas, acuerpamientos que estimulen prácticas de transformación, aunque el disciplinamiento y la vigilancia sugieran lo contrario.

Sentimos en nuestros cuerpos una sensación de espera. Un mientras tanto en el cual las intervenciones se vuelven rutinarias, mínimas, “a reglamento”, y sin embargo... allí estamos construyendo posibles, tratando de correrlos de este imperativo del mientras tanto. Nuestros cuerpos buscan esos puntos de fuga en conjunto con quienes trabajamos en territorio ¿Qué hacer en este “tiempo de espera”? ¿Cómo reconocer en la intensidad de esta experiencia inédita que atravesamos intersticios a partir de los cuales performar espacio-tiempos desde el acompañamiento y provocar el movimiento? No es un tiempo de esperar, es un tiempo para estar alertas y crear posibles; al decir de Galeano, es tiempo de caminar hacia las utopías.

En la danza y en el teatro existe una idea que es la de “el cuerpo disponible”. Tiene que ver con estar preparades y abiertos a recibir el estímulo del movimiento. Es estar atentos con el cuerpo y con la totalidad de mi ser. Un cuerpo disponible es aquel que está en su eje, con sus músculos y articulaciones preparados, con la sensibilidad en la piel para percibir y realizar el movimiento. Es un estado de alerta abiertamente receptivo del entorno y de los propios sentires. Compartimos esta potente imagen de un cuerpo disponible, en el aquí y ahora, vibrante, alerta y en constante movimiento, vibrando en colectivo. ¿A qué nos invita esta imagen? Nuestra propuesta es desafiarnos con esta idea a reapropiarnos de nuestro cuerpo, de nuestra nostredad y de su capacidad de resistir y expandirse. A entender que este tiempo es transitorio, pero no por eso debemos dejar de escuchar los cuerpos, menos aún aquietarlos. ¿A qué nos podemos atrever en nuestros espacios de intervención? ¿Cómo intervenir a partir de esta

coyuntura en la reconstrucción del tejido social y de la situación de salud poblacional transversalizando las categorías cognoscentes que delineamos en este escrito?

Seguras estamos de que si, tal como plantea Ramonet (2020), este sistema mundo colapsa, es nuestra tarea intervenir desde la acción colectiva para no perpetuar la “vieja normalidad”, maquinaria del capital y productora de injusticia y desigualdad, o por lo menos para hacer alguna fuga desde la escucha profunda de lo que podemos hacer, tal como plantea Federici (2020), escuchando el lenguaje del cuerpo, sus capacidades, sus saberes, sus articulaciones con el medio, su capacidad de afectarse y afectar, como sendero a nuestra salud.

Habitar el territorio desde las micropolíticas de resistencia, desde una micropolítica corporal que se entreme en la noción de experiencia, que permita y que nos permita el encuentro genuino con otros como acción transformadora.

Bibliografía

- Arancibia, I. (noviembre de 2018). El Campo problemático de la planificación social territorial. Enfoques necesarios para intervenciones socioeconómicas complejas. *Debate Público, Reflexión de Trabajo Social*, año 8, 15 y 16, 225-236. Recuperado de http://trabajosocial.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/13/2018/12/24_Arancibia.pdf
- Arancibia, I.; Orquera, R. y Virasoro, S. (2019). ¿Territorio o comunidad? Notas para fortalecer la perspectiva espacial en la intervención social. *Ts. Territorios. Revista de trabajo social*, 3, 11-33. Recuperado de <https://publicaciones.unpaz.edu.ar/OJS/index.php/ts/article/view/578>
- Arroyo, H. (2020). Responsabilidad individual versus responsabilidad social en salud. *El vocero de Puerto Rico*. Recuperado de https://www.elvocero.com/opinion/responsabilidad-individual-versus-responsabilidad-social-en-salud/article_188741d0-c7ae-11ea-82dd-970200ebc7cc.html
- Cabnal, L. (14 de noviembre de 2016). Red de sanadoras ancestrales del feminismo comunitario en Guatemala. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=6CSiW1wrKiI>
- Casalla, M. (2011). *América Latina en perspectiva. Dramas del pasado, huellas del presente*. Buenos Aires: CICCUS.
- Carballeda, A. (2008). *Los cuerpos fragmentados. La intervención en lo social en los escenarios de la exclusión y el desencanto*. Buenos Aires: Paidós.
- Citro, S. (2006). Variaciones sobre el cuerpo: Nietzsche, Merleau-Ponty y los cuerpos de la etnografía. En E. Matoso (comp.), *In-certidumbres del cuerpo. Corporeidad, arte y sociedad*. Buenos Aires: Letra Viva (Facultad de Filosofía y Letras, UBA).
- de Sousa Campos, G. W. (19 de agosto de 2019). *Salud colectiva. Campo y núcleos de saberes y de prácticas*. (Conferencia), UNLa. Recuperado de <https://youtu.be/yYxq4ZCT1wM>

- Federici, S. (2015). *Calibán y la bruja*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- (29 de agosto de 2020). En alabanza al cuerpo danzante. *Mundo performance*. Recuperado de <https://mundoperformance.net/2020/08/29/en-alabanza-al-cuerpo-danzante/>
- Hincapie, E. (2020). *COVID-19*. Libro Colectivo. @CC Edition.
- Isla, C. (2021). Arte y salud comunitaria. En C. Isla y M. Muñoz Rodríguez, *Intervención en salud comunitaria. Relatoría de experiencias*. Buenos Aires: Nuevos Tiempos (en prensa).
- Isla, C.; Muñoz Rodríguez, M. y Quijano, M. (2021). Diálogos entre feminismos del sur y salud comunitaria. En C. Isla y M. Muñoz Rodríguez, *Intervención en salud comunitaria. Relatoría de experiencias*. Buenos Aires: Nuevos Tiempos (en prensa).
- Merhy, E. (2006). *Salud: Cartografía del Trabajo Vivo*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Najmanovich, D. (diciembre de 2001). Del cuerpo máquina al cuerpo entramado. *Campo Grupal*, 30, 2-4.
- Najmanovich, D. (2001b) Apostillas a cuerpo máquina cuerpo entramado. *Campo Grupal*, 30. Recuperado de https://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/056_adolescencia2/material/fichas/pensar-actuar-vivir.pdf
- Naser, L. (4 de junio de 2021). Desde la vida docente durante la pandemia. Mientras del otro lado siga habiendo cuerpos. *Brecha*. Uruguay. Recuperado de <https://brecha.com.uy/mientras-del-otro-lado-siga-habiendo-cuerpos/>
- Ramonet, I. (22 de abril de 2020). Coronavirus: La pandemia y el sistema-mundo. *Le Monde Diplomatique en español*. La Habana. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/262989-coronavirus-la-pandemia-y-el-sistema-mundo>
- Trejo, D. (2021). La experiencia de los cuerpos que danzan: “el tocar” en tiempos de contingencia. En H. Lachino y L. Matos (eds.), *La Danza en tiempos de crisis y re(ex)istencia* (pp. 63-81). México: Cultura UNAM.
- Zaldúa, G.; Lodieu, M.; Bottinelli, M.; Pawlowicz, P.; Pérez Chávez, K. y Nabergoi, M. (2010). Salud Mental: territorios y narrativas entre la reproducción y la transformación. En G. Zaldúa y M. M. Botin (comps.), *Praxis psicosocial comunitaria en salud. Campos epistémicos y prácticas participativas*. Buenos Aires: EUDEBA. Recuperado de <https://www.aacademica.org/maria.pia.pawlowicz/45>